

Oriane, tía Oriane y otros cuentos

Marvel Moreno

Colección **Roble Amarillo**



**UNIVERSIDAD
DEL NORTE**

Editorial

Oriane, tía Oriane y otros cuentos



Marvel Moreno



Editorial



Colección Roble Amarillo

Tomo 5
Septiembre, 2016

Índice

- 4 Introducción*
- 7 El muñeco*
- 17 Oriane, tía Oriane*
- 41 Una taza de té en Augsburg*

Introducción

La obra de Marvel Moreno ocupa un lugar destacado en el campo de la producción literaria colombiana, caribeña y latinoamericana. A pesar de este reconocimiento, su nombre y sus textos continúan siendo conocidos principalmente en el ámbito académico y por un limitado número de lectores, debido, en gran parte, a la escasa divulgación que han tenido sus obras.

Nacida en Barranquilla en 1939, la escritora se va del país en 1969 para nunca más regresar y vive en París hasta su fallecimiento en 1995. En la distancia, Moreno escribe desde sus experiencias en la sociedad burguesa barranquillera y denuncia su patriarcalismo y tiranía, sobre todo para con las mujeres. Estas son sometidas a altos grados de violencia física y simbólica, frente a lo cual parecen tener dos

opciones: sucumbir ante ella, suicidándose o alienándose en identidades estereotipadas como la madre cruel, la esposa sumisa, la loca y la bruja, o luchar férreamente contra un sistema que las marginará; aunque es precisamente en los bordes que podrán encontrar tal vez la autonomía que buscan y merecen.

Moreno publica su primer cuento, “El muñeco”, en 1969, estando aun en Colombia; once años después aparece su primer libro de relatos, *Algo tan feo en la vida de una señora bien* (1980). Pasarán otros siete años para que vea la luz su primera novela, *En diciembre llegaban las brisas* (1987), que cuenta ya con dos reediciones (2005 y 2014) y a la que sus lectores y críticos han llamado la “Biblia” barranquillera. En 1992 se edita su segundo libro de cuentos, *El encuentro y otros relatos*. Solo hasta el 2001 se concreta la publicación de los *Cuentos completos*, volumen que ya no se consigue en las librerías. Aún queda por editarse la novela que la autora escribiera poco antes de su muerte prematura, *El tiempo de las Amazonas*. Así, su obra continúa siendo en su mayoría de difícil acceso al público, por lo que cobra especial importancia la publicación de tres de sus relatos en la Colección Roble Amarillo de la Universidad del Norte.

Mercedes Ortega González-Rubio

Profesora de la Universidad del Norte, Colombia



De la serie "Yo, tú, ella, nosotras", de Clara Gaviria. Técnica collage, 2015.

El muñeco

Aquella tarde, doña Julia la recordaría siempre. Había estado trajinando en la cocina antes de salir al corredor y con un suspiro tomar asiento en su mecedora de paja. El sol había calentado menos que otras veces y del patio llegaba un olor de alhelíes. Alzó los ojos y vio el palomar recortado en un cielo luminoso, el muñeco olvidado al pie de un tú y yo, y al fondo, junto a la riata de flores, vio a la muchachita correteando alrededor del niño.

Doña Julia sonrió mientras sacaba de una canastilla sus lentes y su labor de crochet. Era agradable tener momentos así, un día sin bochorno, un buen hilo, el encargo de ese mantel de doce puestos por el cual había convenido un precio razonable, y tejer tranquilamente sabiendo que el muñeco estaba a su alcance y el niño se veía distraído. Volvió a mirarlo y lo observó recoger del suelo una pelota azul. Por un instante sus movimientos le parecieron menos torpes, su expresión menos pueril; entonces pensó que había sido una buena idea invitar a María. A la edad

de María las cosas ruedan solas, se dijo recordando que en ningún momento mostró resentir la inercia del niño: más bien divertida se había puesto a hablarle lo mismo que a un animalito huraño, y allí lo tenía en el patio, jugando a su antojo.

La verdad era que por primera vez doña Julia notaba al niño interesado en algo distinto del muñeco. Y aunque no se hacía ilusiones, debía reconocer que resultaba alentador. Bien sabía que nada, ni juguetes, ni láminas, ni aquel transistor que adquirió en navidades, había logrado nunca alterar su somnolencia, ese lento ambular de pequeño fantasma ajeno a cuanto ocurría en torno suyo, como si se hallara en este mundo por error, o tuviera para sí un mundo propio, hecho de cristales a los que sólo el muñeco impedía caer y volverse añicos. Ahora empezaba a entender que debía haberle buscado antes un amigo y no maniatarse tanto con el temor de que pudieran desairarlo o hacerle daño.

Y doña Julia sonrió al recordar la aprensión que le dio ver entrar a María como un torbellino por el vestíbulo, agitando su colita de caballo de un lado a otro. A través de sus lentes se detuvo a mirarla. Se había

puesto a rebotar la pelota contra una pared entonando en voz queda la canción del oá. Era bien menuda y tenía ese aire travieso del niño acostumbrado a salirse siempre con la suya. Pero de sólo oírla, a doña Julia le parecía que un soplo de aire corría por el patio. Tal vez ese médico estaba en lo cierto, pensó volviendo a sus encajes. Al niño le convenía la presencia de otros críos; debía olvidarse de lo pasado y tratarlo sin tanto mimo, y sobre todo, comenzar a alejar de sí ese eterno desasosiego que a nada bueno conducía. Claro que era difícil, bien difícil. Por mucho que lo intentara, allí estaría rondándola como una mala sombra la amenaza del muñeco.

Doña Julia sintió que la invadía la tristeza. Se dijo, como tantas veces, que no merecía el final de sus días, cuando bien cabía esperar un poco de paz, tener que vivir obsesionada por esa horrible cosa de trapo que el niño encontró en un rastrojo la tarde aquella del accidente. Dejó rodar el tejido a su falda y recostó la cabeza en el espaldar de la mecedora. Aún no acababa de admitir que el muñeco se extraviara, era demasiado injusto. Lo vio tirado junto al tú y yo, impúdico y desgonzado, con su falso aspecto de muñeco, y entonces se vio a sí misma recorriendo con

una agitación sombría las habitaciones de la casa, buscándolo entre los muebles y las paredes agrietadas por la humedad, atisbando detrás de cuadros y espejos, removiendo carpetas y damascos y cojines. Le pareció sentirse de nuevo entre el rancio calor de los cuartos cerrados, vaciando el pesado baúl de cuero donde se acumulaban los recuerdos de cinco generaciones, y se dijo que no habría sido capaz de contar las veces que registró sus armarios, ni las horas perdidas en el patio sacudiendo las ramas de los naranjos y nísperos, esculcando con un palo las trinitarias aferradas como sanguijuelas a la pared. Por que, y eso estaba claro, el muñeco podía aparecer en cualquier parte. Una vez lo había encontrado sepultado bajo una cayena, otra, a punto de hervir en la olla de la leche. No siempre había sido así, pensó doña Julia. Y recordó con nostalgia los tiempos en que su única inquietud consistía en tejer suficientes encajitos de crochet para comprar aquellas codornices y torcazas que tan bien le sentaban al niño. Y juguetes, todos los que podía. Aun conservaba la ilusión de desplazar al muñeco. Sólo que la magia de los días transcurridos entre agujas y madejas había terminado abruptamente.

Fue temprano, recordó, una mañana al regresar de misa de seis. Estaba apenas quitándose el alfiler de la mantilla frente al espejo del vestíbulo, cuando le oyó decir a la vieja Eulalia que el muñeco había desaparecido. Así, simplemente. Sintió que de golpe el alma le abandonaba el cuerpo. Sin pronunciar una palabra estuvo removiendo cielo y tierra a lo largo de aquel terrible día, y cuando al fin logró topar al muñeco embutido de mal modo en el tanque del sanitario, no quiso pensarlo más y sin contemplaciones despidió ahí mismo a la abismada Eulalia sospechando que la bruja que a ratos asomaba entre sus yerbas y sus collares de ajo se había adueñado ya de su corazón. Desde entonces el polvo que la brisa traía seguía dando vueltas en la casa, las lagartijas culebreaban por las paredes, y como no volvieron a encontrar quien los espantara con la vara de deshollar, los murciélagos se colgaron en racimos y para siempre de las vigas del cielo raso.

Nada de eso tenía mayor importancia, reflexionó doña Julia empujando distraídamente su mecedora. Pero llevaba atravesada la espina de la injusticia cometida con Eulalia. Había actuado impulsivamente y de eso vino a darse cuenta muy tarde, cuando a los

siete meses y del mismo modo inesperado, el muñeco volvió a perderse. No supo qué la hizo desconfiar entonces de aquella ánima que alguna vez rondara el baúl de los recuerdos y con sus ahorros le fue comprando un descanso de quinientas misas. Después llegó hasta imaginar la presencia de un duende, sobre todo al reparar en el escarnio de esconder el muñeco en sitios tan inverosímiles, y se agenció inútilmente una botella de espíritu del Carmen. Qué torpe había sido, se dijo doña Julia. Pero, en fin, así ocurrían las cosas, pensó resignada. Era bastante duro reconocer en el niño el aciago propósito de perder el muñeco. Y a la inquietud de vivir pendiente de sus actos, sumar esa helada sensación de estar comprometida en una lucha contra algo que de pronto y con astucia se agazapaba en él. Lo más ofuscante de todo era que no parecía haber cambiado, seguía siendo esa sombra de niño cada día más peregrino, cada vez más ajeno a la realidad.

Doña Julia alzó los ojos para mirarlo y lo encontró absorto contemplando a María. Pensó que nunca lograría penetrar su apariencia remota y compacta. Era inaprensible, precisó, como una gota de mercurio. En el fondo no lo conocía: comprendía vagamen-

te que se negaba a hablar por capricho y lo adivinaba sujeto al muñeco por un vínculo extraño y malévolos. Pero no podía aventurar más nada. Recordó que a veces lo seguía en puntillas cuando iniciaba a través de los corredores uno de sus imprecisos deambulares, acuciada por el deseo de sorprenderlo en el momento mismo de ocultar el muñeco. Era en vano. Como si alguien le advirtiera de su presencia, se detenía en algún rincón, y muy lentamente iba girando hasta mirarla con sus ojos inermes. Ella, doña Julia, ya no se dejaba engañar. Sabía que seguiría imperterrita velándole la hora, y en un instante, al primer descuido, el muñeco habría desaparecido de sus manos. Así recomenzaba su angustia y la interminable pesquisa por la polvorienta casa, mientras veía al niño languidecer con los ojos encandilados por un punto cualquiera de la pared de su cuarto, horriblemente quieto, incapaz de ingerir ni siquiera un sorbo de agua.

Doña Julia pensó que no había en el mundo nada más desolador: sentir, quebrada de impotencia, que el niño se le iba en minutos como si su alma la estuviera halando el muñeco. Y no se atrevía a contárselo a nadie, mucho menos al médico. Que la vida de

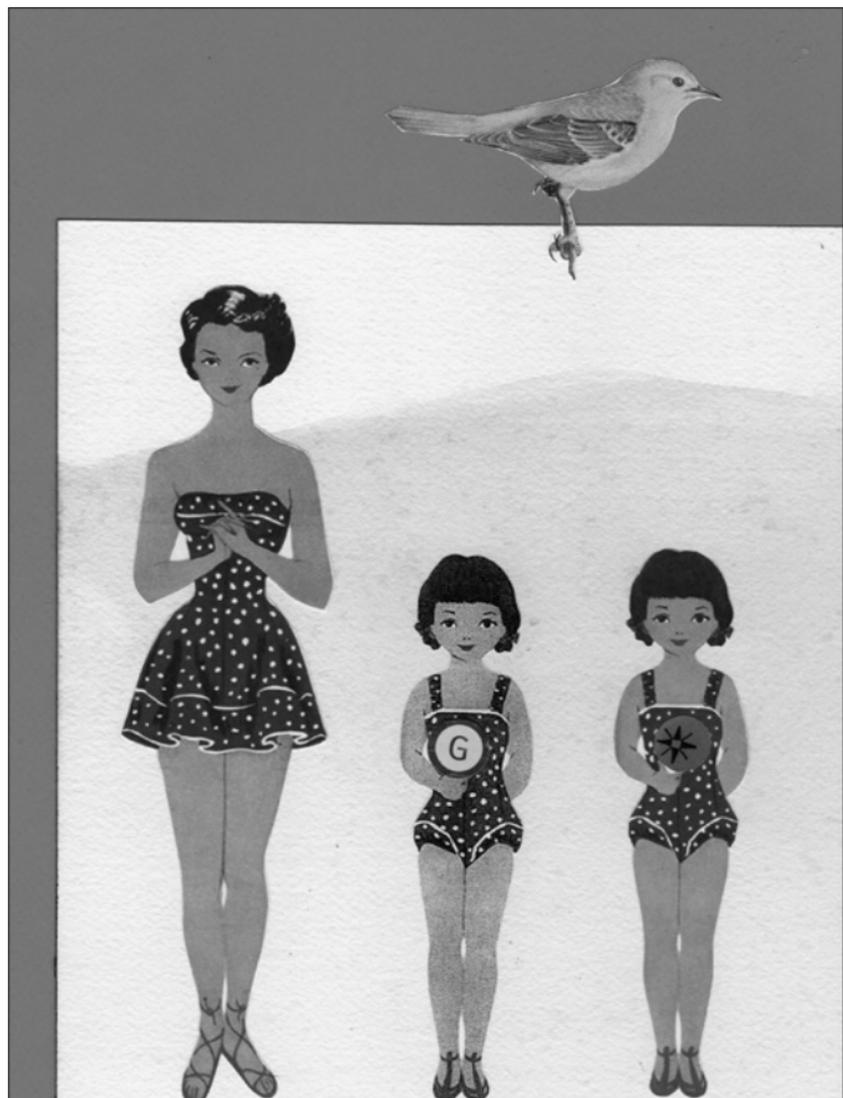
un niño dependiera de la presencia de un muñeco era uno de esos desatinos que presenta el devenir y de los cuales vale más callarse.

Con un estremecimiento, doña Julia volvió a la realidad. La risa de María acababa de sacarla de sus cavilaciones: había asido al niño de la mano y corría espantando a las palomas. Vio cómo lo sentaba a su lado en la paredilla de la riata y le echaba hacia atrás el mechón de pelo que le caía sobre la frente. Dijo algo en voz baja y él asintió sonriendo. Entonces le llevó las manos a la altura de los hombros y chasqueando los dedos en una especie de ritual, inició el juego de las palmas. Fue en ese preciso instante, doña Julia lo recordaría siempre, cuando el turpial rompió a cantar presintiendo el paso de las cinco. Así que comenzó a envolver en un papel de seda la rosita de crochet a medio terminar y pensó que debía levantarse a preparar el extracto de codorniz. Demoró un rato más en la mecedora sintiendo dentro de las piernas un hormigueo que anunciaba la inminencia de octubre, y se prometió comprar para esas largas tardes de lluvia muchos juguetes que divirtieran a María. Debía, lo primero, terminar cuando antes el mantel, se dijo mientras atravesaba el corredor. Y tal

vez, conseguir una muchacha que sacudiera el polvo. Estuvo pensando en eso todo el tiempo que pasó después en la cocina desplumando una diminuta codorniz; en la muchacha, los pisos limpios, el olor a cera, las ventanas abiertas otra vez de par en par.

Del patio sólo llegaba el ruido de las manos de María al chocar con las del niño. Era un sonido seco, intercalado de pequeños silencios. Doña Julia se disponía a adobar la codorniz con perejil y una hoja de laurel cuando oyó sonar el timbre de la puerta y los pasos de María regresando por el vestíbulo a toda carrera para decirle que una sirvienta había llegado a buscarla. Apenas alcanzó a ver el revoloteo de la colita de caballo girando junto a la puerta de la cocina. Pensó que debía conducirla y prometerle que la llamaría otra tarde. Pero no lo hizo, se sentía cansada.

Mucho después. Ya la imagen del niño se gastaba en el tiempo, doña Julia volvería una y otra vez al recuerdo de aquel instante y con angustia pensaría que si hubiera acompañado a María habría podido impedir que el niño le entregara el muñeco, y ella, atolondrada, asqueada tal vez, lo echara al salir de la casa en la caneca de la basura que, como siempre, el carro del aseo recogió puntualmente a las seis.



De la serie "Yo, tú, ella, nosotras", de Clara Gaviria. Técnica collage, 2015.

Oriane, tía Oriane

A Fina Torres

A María la asombró la casa de tía Oriane, pero sólo empezó a inquietarla cuando escuchó los primeros ruidos. Era una casa grande y silenciosa rodeada de un jardín sembrado de acacias. A lo largo de los corredores se alineaban salones y dormitorios cerrados desde hacía muchos años, con muebles que dormían sobre figuras de polvo y jirones de telarañas. Sin saber por qué, María se sentía tentada a caminar en puntillas. Por todas partes había retratos y espejos.

Había gobelinos y alfombras de arabescos repetidos sin fin, y una ventana con vidrios de colores parecida al vitral de una iglesia. María no recordaba haber estado alguna vez allí ni haber visto antes a su tía. Sabía que una vez al año, la víspera de San Juan, su abuela viajaba a visitarla. Sabía que esas visitas no eran del agrado de su abuelo. Y sospechaba que de haberse encontrado en vida su abuelo cuando llegó la carta de tía Oriane invitándola a pasar con ella las vacaciones de julio, nunca habría venido. Sin embargo, a María le había gustado tía Oriane. Desde el primer día. Tenía un aire tranquilo y unos ojos pálidos que la miraban con indulgente nostalgia. Siempre parecía contenta de verla. Siempre sonreía cuando ella entraba a la habitación donde pasaba las tardes dibujando figuritas junto a una ventana que daba al mar.

Los dibujos de tía Oriane atraían a María, se adormecía mirándolos. Había una magia en aquella infinita reiteración de formas, un anzuelo en el lápiz que subía y bajaba como la aguja de un tejido. Su tía seguía invariablemente el mismo orden trazando primero hileras de círculos, y dentro de cada círculo

una cruz. Luego sus manos aleteaban sobre las hojas y círculos y cruces desaparecían bajo una trama de líneas que se unían formando diminutos rombos. María iba a su habitación al atardecer y se quedaba a su lado mirándola dibujar hoja tras hoja hasta que entraba la noche y la vieja Fidelia subía para anunciar la cena. Podía pasar horas enteras junto a tía Oriane. Le agradaba su quietud, el silencio que había siempre a su alrededor. Le agradaban sus manos, fugaces como las pelusas que el aire empujaba sobre las acacias del jardín. Había descubierto además que su tía y ella se parecían: las dos tenían la manía de no pisar nunca las juntas de las baldosas. Compartían el gusto por las frutas heladas y la flor del ilang-ilang. A veces sorprendía en tía Oriane sus mismos ademanes, un cierto modo de ladear la cabeza, una forma cauta de sonreír. Pero sólo hojeando el álbum de fotografías comprendió hasta qué punto el parecido entre las dos iba más lejos.

Su tía se lo enseñó una tarde de lluvia, una de esas tardes que dejaban correr juntas jugando interminables partidas de ludo. Porque le había estado hablando del tiempo de antes y quería mostrarle cómo se

vestía entonces la gente tía Oriane sacó el álbum de un armario y lo abrió sobre sus rodillas. En sepia y nubladas las imágenes habían empezado a desfilar ante sus ojos y se habían sucedido confusamente hasta llegar a una niña vestida de organza. Por un instante María creyó verse a sí misma. Reconoció con estupor sus trenzas, su figura, incluso su encogido recelo frente a la cámara. Tía Oriane había sonreído —parecía encontrar aquello lo más natural del mundo— y sin pronunciar una palabra había vuelto a correr las hojas desempolvando amigos y parientes anónimos mientras María tenía la impresión de revivir una escena ya pasada, de haber mirado alguna vez el álbum detrás del hombro de su tía sin reparar en las fotos y con la misma modorra que la iba envolviendo como si una mano le rozara los párpados. Al doblar una página las uñas de tía Oriane rasguñaron suavemente la cara de un hombre, una cara triste que parecía reflejada en el agua.

—¿Quién era? —preguntó María.

Su tía cerró la tapa del álbum.

—Sergio —dijo—. El único hermano que tuvimos tu abuela y yo.

—Yo creía que había muerto de niño —comentó María.

—No me extraña —dijo tía Oriane mirando el tablero de ludo—. Tu abuela le hace trampas al pasado. ¿Vienes a jugar?

Tal vez fue al otro día que empezaron los ruidos. O un poco después: María lo olvidaría con los años. Ya casada, cuando el tiempo no era más un chispear de instantes sino el lento transcurrir de días iguales, observando jugar a su hija en el jardín de una casa donde un marido cualquiera la había confinado, María intentaría recordar en qué momento había oído los ruidos por primera vez, si al día siguiente de haber hojeado el álbum o más tarde, cuando Fidelia anunció que un desconocido había entrado a la playa y recogía caracoles mirando descaradamente hacia la casa. Pero no podría precisar el recuerdo. Y lo vería alejarse de su mente con una secreta angustia, vago, cada vez más vago, asociado solamente a aquel columpio escamado de herrumbre que había descubierto un día en el jardín de tía Oriane, y que años atrás, antes de que la lluvia y el sol lo maltrataran irremediablemente, había estado pintado de azul.

Porque los ruidos aparecieron la mañana que desenterró el columpio valiéndose de un palo y empezó a desprender la costra de barro que cubría las cadenas. Fue entonces, limpiando una argolla, cuando le pareció sentir a su espalda un crepitar de ramas secas. Después oyó un crujido. Volteó a mirar y sólo encontró el muro del jardín, las inmensas acacias abiertas en flores amarillas: así que imaginó una iguana correteando al sol y sin pensarlo más siguió limpiando el columpio. Pero un momento después volvía el ruido. María se levantó lentamente mirando a su alrededor, y casi enseguida, lo mismo que si hubiera sido ahuyentado por algo, un toche salió de los matorrales y revoloteó frente a ella antes de remontarse como un hilo de luz al cielo.

Así, de ese modo impreciso, los ruidos llegaron al jardín de tía Oriane. No se detuvieron allí: fueron invadiendo la casa gradualmente adentrándose a lo largo de corredores y pasillos. Se oían de pronto bajo la escalera, detrás de las cortinas; corrían por el cielo raso confundidos con la brisa y el sisear de las acacias. No obstante, a medida que aumentaban perfilándose en sonidos inequívocos, María les iba

restando realidad. A veces la sobrecogían y huía ciegamente por los corredores o se quedaba muy quieta con el cuerpo encogido por un nudo de miedo. Pero eran demasiado inquietantes para ser aceptados y María tenía un limbo donde confinaba las cosas que no quería admitir: en él dormitaban anodinamente brujas y lloronas, y con el tiempo, allí fueron exiliados los ruidos.

Terciados de ilusión los ruidos se volvían vulnerables, podían ser exorcizados. María ensayaba trucos, tanteaba sortilegios, pensaba un día que conteniendo la respiración en el momento de oírlos los haría retroceder. Y retrocedían. Eran soluciones momentáneas: los ruidos resucitaban siempre y en su breve ensueño aprendían a burlar el exorcismo. Aún entonces podía apoyarse en la realidad, suponer corrientes de aire y ratones hambrientos, y hasta elaborar una complicada historia en la que Fidelia, celosa bruja llena de rencor, la asustaba adrede para vengarse de ella. Hablarle a tía Oriane era impensable: en el fondo María no estaba segura de si los ruidos existían solamente en su imaginación y sobre todo, la idea de que su tía la creyera una niña la lle-

naba de vergüenza. Pero un día, aquel columpio que estaba tirado en el jardín amaneció suspendido de una acacia, y con el corazón encogido, María corrió a buscar a tía Oriane.

La encontró en el comedor, limpiando una bandeja de plata, y desde la primera frase que dijo advirtió en sus ojos un tranquilo escepticismo. A medida que hablaba la expresión de tía Oriane se volvía risueña y un poco ausente como si estuviera escuchando una vieja mentira y María tuvo de pronto la impresión de hundirse en la irrealidad.

—El columpio está ahí —dijo casi para sí misma—. Puedes verlo.

Su tía asintió con un ligero movimiento de la mano.

—Y he escuchado ruidos —insistió María en voz baja.

—No me sorprende —dijo tía Oriane sonriendo—. Esta casa es muy antigua.

María la miró perpleja.

—Son ecos —explicó su tía—. Vienen y van. Es muy lindo oírlos.

—¿Ecos?

Tía Oriane se alzó de hombros.

—No lo sé explicar —dijo—. Los ruidos y las voces dejan huellas en el aire... y es como si el aire no saliera nunca de las casas viejas.

La voz de tía Oriane pareció enredarse entre sus ojos y María parpadeó.

—Lo del columpio no debe inquietarte —le oyó suavemente—. A lo mejor fue un capricho de la vieja Fidelia. Siempre hace cosas raras —añadió tocándose la sien con la punta de los dedos.

—Le pregunté —dijo María.

—Y lo negará —aseguró tía Oriane.

Sin embargo María no tuvo necesidad de hablarle a Fidelia. La propia Fidelia escogió aquel momento para entrar al comedor mirándolas a las dos con un encono inexplicable. María se dispuso a escuchar

atentamente esperando oír discusiones, regañones y protestas, cualquier cosa distinta a aquel monólogo que siguió y que no pudo entender ni entonces ni más tarde, todas las veces que intentó reconstruirlo mientras jugaba en la habitación de su tía, cuando ya había trasladado allí sus juguetes y tía Oriane había desocupado para ella la gaveta de un armario. Porque Fidelia comenzó por quejarse de su presencia en la casa culpando a su tía de haber despertado lo que para el bien de todos debía dormir, y luego había hecho alusión a algo ocurrido muchos años antes, algo asociado con la muerte de alguien en el mar, y había seguido intercalando reproches y alusiones de un modo obscuro hasta que tía Oriane la interrumpió para ordenarle una infusión de toronjil. Pero aunque aquella salida la impresionó favorablemente —la lisura de las viejas criadas debía sobrellevarse con humor— María no había dejado de advertir la acusación implícita en la actitud de Fidelia, y sus palabras le hicieron recordar las disputas que sus abuelos habían sostenido tantas veces sobre tía Oriane y el tono caviloso que había notado en su abuela cuando fue a despedirla a la estación del bus y le dijo que no

hiciera demasiado caso a lo que hablara su hermana porque los años nublaban ya su mente. Fue ese recelo que parecía suscitar tía Oriane lo que indujo a María a pasar los días a su lado pensando que si era ella la autora de los ruidos conseguiría vigilarla y si no lo era lograría de todos modos evadir su asedio, porque los ruidos, advirtió sólo entonces, no entraban nunca a su habitación.

Tía Oriane aceptó con buen humor las innovaciones que María introdujo en el orden minucioso de sus jornadas. No manifestó la menor contrariedad cuando le propuso dejar abierta la puerta que comunicaba los cuartos donde dormían y con tal de no dejarla sola la despertaba temprano para que fuera a pasear con ella a lo largo de la playa. A aquella hora, envuelto todavía en la bruma, el mar era sólo una franja de plata cruzada por pájaros solitarios que emitían un chillido destemplado en el cielo antes de descender en línea oblicua y hundir el pico en el agua, alejándose después, casi sobre la cabeza de María, con un pez que se debatía desesperadamente. A veces el pez lograba escapar y caía a sus pies, palpitante y frío.

María lo cogía con la punta de los dedos y lo arrojaba al mar, y el olor del mar quedaba entonces todo el día en su mano: más áspero, más denso que el de las chuvas y caracoles negros que resonaban en el bolsillo de su delantal mientras caminaba despacio para seguir el paso de su tía, oyéndola hablar de los viejos tiempos, de cuando era niña y cabalgaba con Sergio por esa misma playa, y en las noches de luna la arena brillaba como si cada grano escondiera un alfiler de cristal. No eran cristales sino algas fosforescentes, explicaba tía Oriane sonriendo. Pero durante años Sergio y ella habían creído en la existencia de un tesoro oculto al otro extremo de la playa, bajo la roca donde el mar se agitaba estallando en oleadas de espumas y de vez en cuando aparecía, recortada contra la primera claridad del día, la figura del desconocido que asustaba a Fidelia.

—Ese tesoro —comentó una vez María—, a lo mejor existió.

Tía Oriane pareció reflexionar hundiendo su bastón en el hueco de un cangrejo.

—Las cosas existen si tú crees en ellas —dijo después de un rato.

A la roca nunca iban. Su tía no soportaba el resplandor del sol en los ojos y se devolvía a mitad de camino. Entonces marchaban de prisa porque tía Oriane insistía en tomar el desayuno a las ocho en punto de la mañana. Incluso si no entendía sus caprichos María se amoldaba a ellos con una cierta complicidad. A fuerza de imitarla descubría gradualmente el sortilegio de los actos repetidos, cómo aquel pasado del que tía Oriane hablaba era recreado cada día frente al servicio de plata, el mantel de lino, los bollos de mazorca recién sacados del horno. Así había sido y así sería mientras la plata reluciera en la mesa y Fidelia sirviera el desayuno recobrando su perdida dignidad detrás de un uniforme almidonado.

Más allá del comedor se abría el jardín hirviendo de calor y zumbidos, y más al fondo, oculta por una maraña de arbustos polvorientos, la rotonda donde tía Oriane pasaba una parte de la mañana cuidando los cinco rosales que crecían milagrosamente a la

sombra de las trinitarias. Desde allí se oía el rumor del mar y trepando el muro podía verse la playa, casi siempre desierta, a no ser que el desconocido la rondara como una silueta gris perdida entre el resplandor de la arena. Tía Oriane se ocupaba de la rotonda y desatendía el jardín por la misma razón que había salvado tres habitaciones de la casa dejando el resto en el abandono de telarañas y lagartijas. Detrás de aquel olvido María percibía el designio de una obscura venganza que cobraba forma cada día cuando su tía llenaba de cayenas el gran salón presidido por el retrato de su padre, porque él las odiaba, le había explicado sonriendo. El retrato de aquel hombre de mirar airado, con el smoking cruzado por una banda de seda púrpura y dos condecoraciones prendidas a la solapa, recibía el sol de frente y estaba ya tan desteñido que algún día, decía tía Oriane, sólo sería un fantasma de cuadro entre los fantasmas de una casa sin dueño. Esperando la desolación que en el fondo de su alma deseaba para aquel lugar —y que llegaría tres años después de su muerte cuando el mar ganó la playa y más tarde el jardín, y lentamente destruyó la casa— tía Oriane aprisionaba el pasado conserva-

do tenazmente en el gran salón y el comedor, pero sobre todo, en aquella habitación del segundo piso que había elegido para ver correr las tardes dibujando figuritas en las hojas de un cuaderno. Allí, donde los ruidos nunca habían entrado, María aprendería a recrear la vida de tía Oriane cuando la ociosidad de las horas pasadas junto a ella la llevó a descubrir el sorprendente mundo de sus armarios.

Todas las cosas que tía Oriane había poseído alguna vez estaban en aquellas gavetas, envueltas en papeles de seda con un remoto olor a cananga, intactas, como si el tiempo no hubiera logrado trasponer los pequeños cerrojos dorados que abrían estuches y cofres desenhebrando una historia entretejida con juguetes y vestidos, capas, cintas, abanicos y flores olvidadas entre libros de versos. María desenvolvía los recuerdos de su tía con la misma fascinación que habría sentido al levantar la tapa de una caja de sorpresas. Podían aparecer cosas extrañas, amuletos y horribles figuritas de trapo. O podía haber algo velado a la vista. Porque casi todo parecía tener un doble fondo: una muñeca encerraba otra, un dado se repe-

tía siete veces dentro de él mismo, un joyero revelaba casillas invisibles presionando botones ocultos entre arabescos. Tía Oriane le había dado a entender que debía descubrir las claves por sí sola pero la observaba sonriendo mientras ella escudriñaba sus gavetas y de pronto, con un gesto casi imperceptible, le sugería que había elegido la llave indicada o la hacía volver sobre un objeto que había dejado de lado para buscarle su artificio. A veces María descubría dibujos y retratos de su tía, una insólita tía Oriane de cabellos sueltos y vestidos transparentes que corría descalza por la playa. Y figuras de cobre: grandes pájaros cuyas alas se abrían sobre mujeres desnudas. Y láminas donde hombres parecidos a animales acechaban a pastoras o las perseguían bailando alrededor de los árboles. Aquellas cosas la turbaban. Y la turbaba más aún la reacción de tía Oriane que entonces no hacía caso de ella y se inclinaba sobre sus dibujos con el mismo aire travieso que tenía su abuela cuando le proponía adivinanzas o la retaba a alcanzar la bolsa de almendras que agitaba en el aire. María entrevía en su actitud un desafío y se obstinaba en examinar cada cosa hasta encontrarle su

secreto. Había que barajar los naipes de cierta manera y abrir los abanicos de golpe y mirar las estampas al trasluz. Las ilustraciones de los libros variaban si eran observadas desde lejos. Los estuches japoneses se convertían en diminutos teatros al rozar una superficie: surgían parejitas que se hacían reverencias entre un revoloteo de sombrillas y abanicos; pero si la superficie se rozaba en sentido contrario las mismas parejitas aparecían desnudas y acostadas bajo los árboles de un jardín.

Caprichosos, inquietantes, los objetos de tía Oriane cautivaban como las manos de un ilusionista. Creando el ensueño alejaban de la realidad, sugerían su olvido. Habían sido inventados para un instante porque la primera impresión que producían no volvía a repetirse nunca, debían ser mirados una sola vez y relegarse luego entre papeles de seda a la gaveta de un armario. Pero dejaban entonces un vacío que las cosas corrientes no podían llenar. Cuando María cerró el último estuche tuvo la sensación de haber perdido algo. Durante días vagó sin saber qué hacer por la habitación de tía Oriane; ya no podía

distraerse con libros de cuentos ni muñecas: se sentía diferente, descubría el aburrimiento. Su tía pareció advertirlo.

—Tú te aburres —le dijo una tarde—. ¿Por qué no sales a jugar afuera?

Los ruidos seguían al acecho. María lo supo apenas llegó a la planta baja y oyó una bola de cristal rodando por las baldosas. La bola —o el sonido que una bola podía producir— corrió a lo largo del pasillo, bajó saltando las escaleras y avanzó candorosamente hasta pararse a su lado. María no se movió, ni siquiera intentó mirarla: de repente los ruidos se le antojaban distintos despertando en ella la misma excitación que le producían los estuches de tía Oriane. Y con ese gesto, o esa ausencia de gesto, traspasó la línea invisible que hasta entonces la había separado de ellos.

Nunca más durmió con la puerta abierta ni volvió a subir a la habitación de su tía. Andaba de un lado a otro recorriendo la casa o salía a caminar por la

orilla del mar hasta que el desconocido surgía en la roca rompiendo el hilo de sus sueños. Los ruidos iban siempre detrás de ella. Eran imprevisibles como el chisporrotear de una bengala o el zumbido de una cometa alzándose en el viento, o conocidos, casi familiares, como los pasos cautelosos que la seguían adonde fuera. A pesar de su inquietud María no hacía nada por evadirlos. Los provocaba incluso: porque había notado que aparecían únicamente cuando estaba sola, jugaba en los corredores donde Fidelia no pasaba nunca y bajaba al mar por atajos que nadie transitaba: se burlaba de los pasos que la seguían imitándolos: a veces fingía dirigirse a la habitación de tía Oriane o se escondía, y en su exasperación los ruidos hacían tanto alboroto que Fidelia salía al jardín murmurando maldiciones y exorcismos.

Con el tiempo los ruidos se integraron a sus sueños. Dejando atrás las fantasías de su infancia empezó a imaginar que todo advertía su presencia, que las cosas cobraban vida a su paso. Las porcelanas le sonreían, los retratos la miraban, nada ocurría por azar: adrede la brisa llevaba a su ventana flores de acacia

y el mar dejaba en la playa las piedras que prefería. Porque en el aire y en el mar estaban ellos, sombras oscuras, figuras enlutadas vagando entre los árboles, siluetas de jinetes con capas negras como las que había en los armarios de tía Oriane. Escondidos en las cosas sin deseo distinto que el de verla, buscándola. Ella tenía algo que nadie más tenía, sus ojos brillaban, sus trenzas reflejaban el sol. Si lo soltaba su pelo le rodaba a la cintura y le envolvía los brazos como una caricia. Quería parecerse a las jovencitas de los gobelinos y llevar vestidos vaporosos y colocar sobre su frente rosarios de flores. Para que ellos la vieran: siempre la miraban, había infinitas Marías reflejadas en sus ojos. Por eso llevaba ahora sus mejores delantales y se buscaba ansiosamente en los espejos; por eso de noche se desnudaba a oscuras: giraba las porcelanas contra la pared y corría las cortinas hasta que ningún rayo de luz se filtraba por los postigos.

Era de noche cuando temía soñar. Las sombras que imaginaba iban llegando de los rincones y se confundían sigilosamente en una sola. Los ruidos cesaban,

entonces sus sueños se volvían distintos. Parecían aletear en la obscuridad esperando a que empezara a dormirse para acercarse a ella, sugiriéndole siempre lo mismo con imágenes que saltaban a su mente como piezas de un rompecabezas. María los eludía sin buscar explicaciones, con un vago desasosiego, y sin buscar explicaciones los dejó aproximarse la víspera de su partida.

Aquella noche volvió a llover. Se había sentido toda la tarde el olor de las acacias y una algarabía de chicharras en el jardín, pero la lluvia llegó bien entrada la noche cuando Fidelia recorría el pasillo apagando las luces. Desde su cama María empezó a oír borbotear el agua por los canales del tejado, la garganta cerrada ante la idea de partir y dejar a tía Oriane en su ensueño de figuritas para reencontrar aquel mundo de su abuela en el que cada cosa respondía a un nombre y había avena al desayuno y rosas de plásticos en los jarrones. Sentía deseos de correr al cuarto de su tía y besarla sin decirle nada, vagar por los corredores arrastrando telarañas bajo la mirada cómplice de los espejos, descender ahora

que el reloj del vestíbulo anunciaba gravemente la medianoche, así, descalza, caminando en puntillas mientras el viento bamboleaba el columpio y oía con inquietud el crujido de las argollas oxidadas. Entre las acacias surgía ya una sombra, un rumor de hojas quebradas, una especie de ternura que le subía a los brazos y lentamente su figura empezaba a recortarse en la noche, avanzaba hacia ella y sonreía. Le decía que no sintiera miedo, que no iba a hacerle daño, la tomaba de la mano y en una ráfaga de brisa subían a las acacias, la envolvía en sus brazos y le ponía flores amarillas en el pelo, sentía ganas de llorar y se abrazaba con fuerza a la almohada, pero él reía, le apartaba el cabello de la frente, decía que había vuelto a encontrarla y corrían a la orilla del mar. Sobre la arena escribía su nombre, la rociaba de espuma y se alejaba, volvía cabalgando un caballo negro, al pasar junto a ella la montaba a su lado, iban más allá de la playa, más allá del mar, sus brazos la oprimían, sentía sus brazos como un aro de luz alrededor del cuerpo. Abrían el álbum, las páginas corrían, él tocaba la punta de sus dedos y ella huía pero la brisa la devolvía a sus brazos que la apreta-

ban con fuerza y su cabeza se inclinaba buscando sus labios. Volvían los largos árboles metidos en la noche, su mano apenas la rozaba y el columpio se estiraba al cielo, le pedía que la empujara más arriba para que sus trenzas brillaran y su vestido de organza se abriera al viento. En el fondo del mar recogían caracoles, él ponía guijarros en su frente y le llenaba la falda de corales, sentía el calor de su cuerpo, algo cruzaba sigilosamente la obscuridad mirándola, y mirándola avanzaba hacia ella, el corazón le dio un vuelco: había oído el roce de aquellos pasos en la alfombra y de repente supo que los oía por primera vez y para ahogar un grito se tapó la cara, por un instante pensó huir, correr hacia el cuarto de su tía, correr adonde fuera. Pero una corriente cálida desnudaba su cuerpo, entreabría sus manos, su piel se recogía, sonriendo abría los ojos, aquella cara triste y de algún modo remota se acercaba a la suya, su voz la envolvía, como un soplo de aire su voz la envolvía hasta que de pronto no fue más su voz sino un grito colérico, el sol en la ventana y Fidelia gritando que el desconocido había entrado a la casa.



De la serie "Yo, tú, ella, nosotras", de Clara Gaviria. Técnica collage, 2015.

Una taza de té en Augsburg

A la memoria de Darío Morales

Miranda Castro fue en su tiempo una de las modelos más cotizadas de los Estados Unidos. Pese a su apellido latino, tenía el aspecto de una muchacha nórdica con sus cabellos rubios que resplandecían como el trigo en la luz del verano y unos ojos más azules que el mar de las islas del Caribe. Su fotografía apareció varias veces ilustrando la portada de *Vogue*. Cuando entraba en un restaurante la gente enmudecía de inmediato, siguiéndola con una mirada de deslumbrado asombro. Su presencia en Park Avenue creaba problemas de circulación porque los

automovilistas, encandilados por su belleza y la tranquila insolencia de su paso, disminuían la velocidad. Sin embargo, observándola de cerca, se percibía en sus pupilas un destello metálico que asustaba a los hombres. No había en ellas el más leve rastro de afecto, pero sí de desdén. Miranda no amaba a nadie. Se había casado por despecho con un millonario norteamericano aficionado a las obras de arte, quien, a su turno, la consideraba como un objeto de colección.

Sólo dos hombres habían contado en la vida de Miranda: Lucio Castro, su padre adoptivo, y Peter, un profesor de matemáticas de la Universidad de Massachusetts que había visto en ella algo distinto de la maniquí de moda. Ambos le habían brindado un afecto profundo, ayudándola a olvidar el pasado. Ambos le habían dado la cálida sensación de tener un apoyo cuando la tristeza le oprimía el corazón. Miranda no estaba segura de haberlos querido, pero su recuerdo se volvía más intenso a medida que pasaban los años y en torno a sus párpados aparecían los primeros hilos de la vejez. La muerte de su padre era previsible; el abandono de Peter, en cambio, se le

antojaba, aún entonces, un enigma. A veces le parecía que el amor de Peter se había enfriado cuando ella le contó su viaje a Alemania, pero no llegaba a comprender las razones de su rechazo, silencioso y definitivamente irremediable.

Diez años contaba Miranda al llegar de Augsburg a Caracas, por el antojo de Lucio Castro, quien, ya entrado en años y no habiendo tenido nunca hijos de su mujer ni de sus numerosas queridas, resolvió un buen día adoptar a una niña, con la condición de que fuera rubia y de ojos azules. Lucio Castro era un hombre riquísimo, acostumbrado a imponer siempre su voluntad. Las ramificaciones de sus negocios se extendían a muchos países y le fue fácil encontrar en Alemania a un abogado influyente y capaz de satisfacer su capricho. La pequeña Greta se transformó así en Miranda y pasó del sórdido orfelinato donde vivía desde su nacimiento al camarote de lujo del transatlántico que la condujo a Venezuela. Creía vivir un sueño, un cuento de hadas. Tenía vestidos muy finos, zapatos de charol, montones de juguetes. Los camareros se inclinaban a su paso y el capitán la invitaba a cenar en su mesa. Así mismo, la institu-

triz enviada por Lucio Castro para servirle de dama de compañía y empezar a enseñarle el español la trataba como si fuera una princesa. Todo deslumbraba a Miranda, el mar, los delfines, el color del cielo a medida que el barco se adentraba en las aguas tropicales. Porque se sentía torpe, intentaba imitar los gestos y modales de las personas que la rodeaban. Hacia esfuerzos enormes para contener su voracidad: ella, que siempre había pasado hambre, veía desfilar aquellos platos abundantes y deliciosos con la impresión de que, de un momento a otro, podían ser reemplazados por la insípida sopa del orfanato. Una noche guardó cautelosamente en su bolsillo uno de los bombones colocados sobre la mesa después del postre. Al día siguiente el capitán le hizo llegar a su camarote una inmensa caja de chocolates. Fue entonces cuando Miranda tuvo la certeza de haber dejado atrás y para siempre el pasado, entrando en un mundo donde sus deseos se volvían realidad apenas los formulaba.

La agradable impresión de ser importante se confirmó al llegar a Maracaibo y conocer a su padre adoptivo. Lucio Castro se prendó de ella, quedó fascinado

por la hermosa niñita de cabellos rubios que lo miraba con devoción pero no sin arrogancia. Desde su salida del orfanato, Miranda había descubierto que poseía algo raro y de valor: la belleza. Eso le daba ahora una gran confianza en sí misma y la hacía mirar el mundo de modo diferente. Aunque no podía expresarlo con palabras, su orfandad empezaba a parecerle un error en el orden natural de las cosas, que Lucio Castro había reparado al adoptarla. Nunca más la promiscuidad de los dormitorios, los largos inviernos sin calefacción. Jamás volvería a vivir la pesadilla de los bombardeos con el chillido de las sirenas y el asfixiante olor a humo y a cosas quemadas que entraba en el sótano. Debía, no obstante, responder a las aspiraciones de su padre adoptivo, que la quería inteligente y con carácter. Ella, considerada por sus profesoras del orfanato como retrasada mental, aprendió a leer y a escribir el español en menos de seis meses. Cada lección comprendida le quitaba un peso del corazón. Del mismo modo, venciendo su terror por los caballos, que le hacía ensuciarse los pantalones, se convirtió en una amazona irreprochable y acompañaba a Lucio Castro en

sus cabalgatas cuando se le antojaba recorrer sus haciendas. El miedo nunca la abandonó, pero nadie lo supo. Antes de montar a caballo solía protegerse los pantalones con un pañuelo que después lavaba a escondidas. En Alemania había conocido la desolación, en Venezuela descubrió la angustia. Todo le resultaba un desafío. Tirarse del trampolín a la piscina le daba una sensación de vértigo, y cuando se zambullía en el mar los oídos le zumbaban de dolor. Arañas y lagartijas le producían náuseas. Temía perderse entre la gente si acompañaba a su madre a hacer compras y temía más aún quedarse a solas con esa mujer que la miraba sin el menor asomo de confianza. Por fortuna Lucio Castro la protegía. Él ignoraba quizás sus dificultades para adaptarse a esa nueva existencia, pero tenía muy presente que había pasado su infancia en un orfanato. Así, había decidido que Miranda no pisaría jamás un colegio. El desfile de profesores comenzaba por la mañana y terminaba a la caída del sol. Además de las materias corrientes, Miranda estudiaba griego y latín; a los trece años se sabía de memoria la vida de Bolívar y a los quince hablaba correctamente el inglés. Sabiendo

que a su muerte sus hermanos abrirían un proceso contra ella, Lucio Castro colocó a su nombre la mayor parte de sus bienes en los Estados Unidos. Por la misma razón empezó a presentarle a sus abogados, a ponerla al corriente de sus negocios, a mantenerla al tanto de transacciones especulativas. Miranda descubrió que tenía un talento particular para ganar dinero, y cuando Lucio Castro falleció, conocía a fondo la trama de sus asuntos y supo librarles un combate sin cuartel a los parientes de su padre que intentaban anular el testamento.

Una vez ganada la batalla jurídica, Miranda se fue a Nueva York y se inscribió en una agencia de modelos. Había cumplido veinte años y tenía conciencia de ser lesbiana. Siempre había ocultado esa particularidad para no chocar a su padre ni darles motivos de crítica a quienes reprochaban a Lucio Castro el haberla adoptado. Volverse maniquí acariciaba su narcisismo y le ofrecía un terreno de caza ideal. Le gustaban las mujeres, pero no podía establecer con ellas ninguna relación afectiva. El contenido de la palabra amor le era desconocido y bastaba con que una de sus amantes se mostrara posesiva para que

la dejase en el acto. Las manifestaciones de ternura se le antojaban ridículas. A Miranda le excitaba seducir, allanar las resistencias, vencer el pudor. Dejaba de lado a las mujeres demasiado fáciles o a las que tenían un carácter similar al suyo. Al cabo del tiempo encontró a Joan, una periodista infinitamente maliciosa que gozaba excitando a las lesbianas y luego, a la hora de la verdad, se escurría como una anguila con el pretexto de un nuevo amor o de su pasión por un hombre. Miranda conocía la dureza y la mentira, pero no la perversión. Cayó en la telaraña de Joan sin ninguna defensa y salió de ella con el alma maltratada y la penosa impresión de conocer muy poco los misterios del corazón humano. Como el modelaje empezaba a aburrirla, decidió irse de Nueva York y estudiar Psicología en la Universidad de Massachusetts.

Nada le fue más fácil que cobijarse bajo la protección de Peter. Como Lucio Castro, él se mostraba afectuoso y parecía saber muy bien lo que quería. Era un hombre fino y delgado, de cabellos prematuramente encanecidos. La primera vez que se acostaron juntos quedó sorprendido al ver que para poder dormirse,

Miranda golpeaba un pie contra el otro. Así le habían enseñado a hacer en el orfelinato cuando era apenas un bebé a fin de luchar contra el frío. Eso, su condición de huérfana, de niña adoptada por el color de sus ojos, conmovía profundamente a Peter. Él había tenido una infancia feliz: un padre diplomático, lo que le había permitido conocer las grandes capitales del mundo, una madre cariñosa y cuatro hermanos que habían sido siempre sus mejores amigos. Todos los domingos se reunían y pasaban las tardes hablando de arte, de historia y de los acontecimientos políticos del momento.

Al lado de ellos, Miranda se sentía ignorante. De nada le servía haber aprendido el griego y el latín si no podía distinguir entre una estatua sumeria y una escultura romana. Nombres como Goya y Tiziano le eran desconocidos. Ignoraba todo sobre las dos últimas guerras mundiales y no tenía ninguna cultura musical. Decidida a afrontar ese nuevo desafío, Miranda empezó a frecuentar la biblioteca de la universidad y, al mismo tiempo, se compró todos los discos de música clásica que encontró en un almacén. Leyendo la historia del nazismo descubrió con

asombro que no era una huérfana de guerra, como Lucio Castro le había hecho creer, pues había nacido a comienzos del 38, lo que significaba que su madre la había concebido antes del comienzo de las hostilidades. A partir de ese momento, Miranda quiso saber quién había sido su madre. Poco a poco su deseo se transformó en obsesión y, desoyendo los consejos de Peter, que la incitaba a olvidarse del pasado, se fue a Alemania y se puso en contacto con el abogado que catorce años atrás la había sacado del orfanato. Al principio el abogado se mostró reticente, pero los dólares ofrecidos por Miranda terminaron acallando sus escrúpulos. Lo más difícil era introducirse en el orfanato y consultar los archivos. Se contrataron detectives privados que recibieron por misión comprar a cuanta persona pudiera dar informaciones precisas. Finalmente, una vieja enfermera se dejó convencer ante la enorme suma de dinero prometida, que representaba la mitad del salario ganado a lo largo de toda su existencia, y con el pretexto de reunir una hija y su desdichada madre puso a los detectives sobre la pista de Frieda Pfeiffer.

Frieda salía apenas de la adolescencia cuando tuvo a Miranda y ni siquiera pudo verla porque sus padres llevaron de inmediato a la recién nacida al orfelinato de Augsburg. El señor Pfeiffer era un comerciante acaudalado que nada quería saber de bastardos destinados a poner en duda la virtud de su única heredera. Una antigua sirvienta de la familia, refugiada en un asilo de ancianos, contó que la señorita Frieda jamás se había repuesto de la pérdida de su hija. Lloraba contemplando sus senos cargados de leche y los pequeños baberos cosidos a escondidas durante el embarazo. Hasta el último momento creyó que su familia se echaría para atrás y abandonaría el proyecto de separarla de su bebé. Nunca reveló quien había sido el padre, posiblemente un extranjero conocido en Garmisch durante las vacaciones de Pascua.

En vano el señor Pfeiffer se empeñó tanto en resguardar la reputación de su hija. Frieda no quiso casarse nunca. Se volvió taciturna y sólo salía de la casa para asistir a los servicios religiosos. Con el tiempo se fue secando como una flor marchita y cuando sus padres desaparecieron era una solterona de humor lánguido que no le encontraba ningún

gusto a la vida. Había programado sus días con precisión maniática: en invierno o verano se levantaba a las once de la mañana y todavía en la cama se hacía servir un vaso de leche acompañado de galletas. Bañarse y vestirse le tomaba dos horas y luego se sentaba a mirar la televisión. Al atardecer se iba a un salón de té que quedaba cerca de su casa y bebía varias tazas observando a los paseantes a través de sus gruesas gafas de miope. Estaba abonada a una revista de Historia y leía hasta muy tarde memorias y biografías.

Miranda resolvió abordarla en el salón de té. Sabía que Frieda ocupaba siempre el mismo lugar y se instaló en la mesa contigua a la suya. La vio llegar un poco encorvada y canosa, con una expresión de irremediable melancolía. Miranda esperó a que terminara de tomarse su primera raza de té para pedirle permiso de sentarse a su mesa. Los ojos de Frieda parpadearon de asombro detrás de las gafas. Con manos torpes encendió un cigarrillo. Parecía trastornada. Los labios le temblaban ligeramente y en vano intentaba sonreír. Daba la impresión de ser un niño que ha visto un pájaro posarse sobre su hom-

bro. Y cautelosamente, como si temiera espantar al pájaro, lanzaba de vez en cuando a Miranda una mirada furtiva.

—Hace muchos años —dijo al fin en voz muy baja—, conocí a, bueno, alguien que se parecía a usted.

No obtuvo respuesta. Miranda había comprendido que se refería a su verdadero padre y se sintió aliviada. No se reconocía en esa mujer abrumada por la vida.

—Es su vivo retrato —insistió Frieda con precaución, como asustada de que el pájaro echase de pronto a volar.

—Yo soy idéntica a mi madre —dijo Miranda—, y ella no ha venido nunca a Alemania.

—Pero usted habla perfectamente nuestra lengua —comentó Frieda.

—Mi abuelo era de Berlín y muy joven se fue a Venezuela. Sus hijos aprendieron el alemán con profesores y nosotros, sus nietos, también.

De implorante, la mirada de Frieda se volvió abatida. El mesero se acercó para servirle una nueva taza

de té. Frieda apagó el cigarrillo en un cenicero y se encorvó más aún, como si la vejez le hubiera caído encima de repente.

—Eso de los parecidos es muy raro
—murmuró.—Así es —dijo Miranda.

En ningún momento le vino la idea de revelar a su madre la verdad, de darle la alegría de saberla viva y gozando de una situación privilegiada. Para Frieda habría sido maravilloso descubrir que su hija había escapado al trágico destino de los niños abandonados y que era inteligente, bella y rica. Cuántas veces habría soñado con reconocerla en la calle, entre las muchachas que pasaban frente al salón de té. Frieda había imaginado probablemente varios escenarios: su hija convertida en prostituta, trabajando como obrera; y ella le daba el dinero necesario para construirse una vida mejor. O al contrario, bien acomodada, llevando una existencia feliz; y ella, Frieda, se retiraba en puntas de pie a fin de no perturbarla. Habría supuesto todo, salvo creer encontrarla en el salón de té que solía frecuentar, hierática y dura, pidiéndole permiso de sentarse a su mesa con el pretexto de practicar el alemán. Pero la muchacha ins-

talada frente a ella, que tanto le recordaba a su único amor, tenía una familia y había nacido en otras tierras. El parecido era simple coincidencia y una lápida caía de pronto sobre sus esperanzas.

Miranda adivinaba los pensamientos de su madre, pero le importaban muy poco. Solamente se preguntaba si Frieda representaba un peligro para ella. Después de observarla un rato se dijo que no: dada la timidez de su carácter, Frieda nunca intentaría imponerle su presencia. De conocer su identidad, habría murmurando una frase afectuosa, habría derramado tal vez algunas lágrimas. Y eso sería todo. Quizás le habría pedido que le contara un poco su vida o que le enviara cada año una tarjeta de navidad para tener noticias suyas y saber si estaba bien. Con esas migajas Miranda podía aligerar el corazón de Frieda y permitirle envejecer en paz. Pero no lo hizo; en realidad no veía razones para hacerlo, le dijo a Peter cuando regresó a Massachusetts y Peter quiso saber si le había contado a Frieda que ella era su hija.

La pregunta de Peter y su aire consternado dejaron a Miranda perpleja. No entendía su reacción ante un

relato tan banal. Había viajado a Alemania para conocer a su madre, la había visto y sopesado. No había más vueltas que darle. Peter, sin embargo, la miraba con una expresión de inexorable tristeza, como si ella no perteneciera ya a este mundo. Se volvió cada vez más evasivo y distante. No respondía a sus llamadas telefónicas y nunca más la invitó a pasar los domingos con su familia. Finalmente, Miranda se vio obligada a reconocer que Peter había dejado de amarla. Pero ni entonces ni después, a medida que los años iban acartonando la fina piel de su rostro, comprendió por qué Peter, así como otros hombres y algunas mujeres que la amaron, se ponían tan extraños, tan ariscos cuando ella les contaba aquel encuentro con su madre en un salón de té de Augsburg.

París, abril 5 de 1988.

ISBN 978-958-741-713-5 (impreso)
ISBN 978-958-741-714-2 (PDF)

Una publicación de
Editorial Universidad del Norte
para circulación y distribución gratuita
en el *campus* universitario
© 2016

Edición: Zoila Sotomayor
Selección: Mercedes Ortega González-Rubio
y Adriana Rosas Consuegra
Ilustraciones: Clara Gaviria
Corrección: Henry Stein
Diseño: Naybeth Díaz
Diagramación: Munir Kharfan
Impresión: Javegraf

Universidad del Norte,
Km 5 vía Puerto Colombia
Barranquilla, Colombia



Editorial



El **roble amarillo** es símbolo
de nuestro pasado terrenal y prenda
de nuestros futuros ideales.

